
BUSCANDO UN ROSTRO, ENCONTRANDO UNA MIRADA

Cultura y movimiento social

Jesús Galindo Cáceres

I. La cultura nacional y las culturas en relación

La diversidad es la apariencia de la distinción, detrás de ella se encuentra lo único en formación y definición. La diversidad como concepto apunta hacia la clasificación, supone una racionalidad de rasgos que pretende diferenciar para poder entender. También es un énfasis, más allá de lo aparente continúan procesos de composición particulares que la diversidad desea captar y clasificar. Partiendo de lo evidente sus caminos la llevan a la pretensión del agotamiento de toda descripción. Y cae en el peso de la relatividad, lo que es diverso en un sentido es lo mismo en otro. Entre mayor es el universo de la intención diversificadora mayor es la energía invertida en información, o aparece la necesidad de relativizar y ser sintético y comprensivo. ¿De algún lado surgió el desarrollo de esta noción? el sentido común ha sido rebasado hace tiempo por una inmensidad de tecnicismos y aparatos dedicados a lo diverso. ¿Por qué?

Desde otro lugar, la evidencia de lo diverso ha exigido la existencia de lo único. El tránsito de lo distinto a lo semejante tiene también su historia. Este camino también es complejo, recorre la ruta de la invención de lo igual tanto como la de la mitificación de lo

semejante. Existen necesidades que impulsan los elaborados procesos de construcción de lo único, de lo igual. Vencer la diferencia es tan difícil como desterrar la semejanza.

Todo este asunto viene de la relación de unir y separar.

Con ciertos intereses, en ciertas condiciones, en determinado curso de acción, a veces la unidad es la opción, a veces la distinción. Este es un fenómeno que opera en varios sentidos. Puede iniciarse en el propio observador y su relación con el entorno, puede ser un ejercicio del observador sobre la composición y organización del entorno, y también puede darse el caso en que el observador sea el objeto del juicio desde el entorno. Según estos tres posibles casos el aprendizaje de la unión y la separación es distinto. Las circunstancias en que los tres casos pueden presentarse son diversas, en un marco imaginario basta con pensar la distancia de un ejercicio intelectual y analítico de un padecimiento emocional y físico. No es lo mismo clasificar piedras que seres humanos, no es lo mismo jerarquizar niveles geológicos, que razas o grupos sociales.

Lo separado y lo unido han sido causa de desastres, consecuencia de sufrimiento y muerte. Así nombrados parecen inofensivos, juegos de la lógica y de la claridad del pensamiento, abstracciones lejanas del deseo y la pasión, de la justicia y la felicidad. Pero el rostro del mundo esta marcado por sus señas, las cicatrices de la diferencia y la semejanza están lubricadas por lo más carnal, por la sangre, el sudor, y en efecto, las lágrimas. Detenerse un momento a considerar lo que estas abstracciones ponen en forma es una tarea necesaria. Comprender lo útiles que pueden ser, lo invisibles, lo terriblemente cotidianas, algo debe hacerle a nuestro sentido. No es posible ser el mismo después de detenerse un momento en la historia de carne y hueso de lo unido y lo separado, de lo semejante y lo diferente, de lo diverso y lo único.

Hace más de un siglo un grupo imaginó una gran nación, tomaron decisiones, emprendieron acciones, el tiempo pasó. Con los años hubo otros que tuvieron interés en el mismo proyecto, compartieron la visión de esa única nación. Creyeron que era necesario unir lo separado, hicieron alianzas, buscaron a otros semejantes, el proyecto creció, el tiempo pasó. Llegaron otros, dispusieron leyes, lucharon en cruentas batallas, mataron y fueron muertos. Como consecuencia de tantos afanes y esfuerzos surgió México, un concepto, una idea esbozada en un puñado de símbolos e intereses. Con el concepto aparecieron los mexicanos, muchos no lo supieron al principio pero todos se fueron

enterando. Después de años pasados desde el primer momento, hubo paz y hubo poder para mantenerla, y ese poder tuvo en sus manos la realización de la idea de la gran nación. Entonces existió México, y todos los nacidos en el territorio convocado por su nombre fuimos mexicanos, lo separado fue unido, faltaba que lo unido fuera semejante.

El proyecto político de nación requería una base material de orden social, el aparato del Estado, una base material de bienestar social, un programa de desarrollo económico, se optó por la lógica capitalista, y una base espiritual de consenso subjetivo, una cosmovisión que promoviera y fuera promovida por una cultura nacional. El proyecto de nación requirió una inversión múltiple de proporciones gigantescas, se contrajo una deuda externa, se limitó la democracia y sus costos con un gran partido político unido al gobierno, se creó la Secretaría de Educación Pública para contrarrestar a la religión católica y formar a la nueva espiritualidad civil de culto a la nación. Este proyecto ha tenido un largo camino de decenas de años, algunas cosas han cambiado, otras no.

Para los padres del proyecto de nación única, el país era un mosaico, era el territorio de la diversidad, hoy lo sigue siendo. Al iniciar la empresa de construcción poco era lo que unía y había una gama enorme de elementos que separaban, hoy la situación ha cambiado un poco. Después de más de un siglo existe una constitución y un gobierno federal, un libro de texto gratuito, y un gran aparato de Estado en crisis, todos ellos componentes de la unidad. Las clases y los grupos sociales que promovieron y se beneficiaron de los resultados hasta hoy, se piensan parcialmente como una parte de la totalidad, más bien se piensan como los representantes de la totalidad. Existe una parte del país que ha sido educada y modelada en la cultura nacional y se cree parte con vocación de totalidad. Después de tanto tiempo la mayor parte de la población del país se sabe parte de una unidad, pero también reconoce otras unidades de las cuales forma parte. En fin, se ha unido parte de lo separado, se ha aumentado la semejanza y reducido la diferencia, pero lo separado y lo diferente subsisten.

Preguntarse hoy por la cultura nacional es hacer referencia a un hecho histórico y a un proceso de formación. No se puede negar su existencia, su presencia a lo largo y lo ancho del territorio es consistente y persistente. Los medios de comunicación masiva han venido a reforzar esta situación. En efecto, existe algo denominable como cultura

nacional que no existía hace un siglo. Pero otras dimensiones y niveles de composición y organización cultural también han cambiado sin desaparecer la cualidad de la diversidad. Un asunto importante sería identificar lo diverso del pasado aún actual, y lo diverso actual emergente. En una balanza podría evaluarse el peso absoluto y relativo de la cultura nacional.

En el país existen censos de muy diversos tipos, incluyendo el general de población. Es posible caracterizar a los mexicanos que viven en el territorio nacional desde muy diversos criterios. La estadística ha progresado a lo largo del siglo veinte. Existe un Instituto de Información y Geografía (INEGI) dentro de la Secretaría de Programación y Presupuesto Federal (SPP). Aún así, la información disponible para construir perfiles poblacionales no es suficiente para muchos rubros. Siendo que la subjetividad es uno de los centros de la organización y composición de la vida social, es la dimensión sobre la que la información es más escasa. Es decir, no sabemos cuantos afiliados a la cultura nacional existen, incluso no sabemos cuales son los rasgos de la cultura nacional con cierta precisión. Por supuesto que sabemos aún menos sobre todos los demás órdenes de cultura no nacionales.

¿Cuántos órdenes de culturas particulares existirán en este país? ¿Cuántos órdenes habrán dejado de existir en el curso de los últimos ciento cincuenta años? ¿Cuántos órdenes han aparecido en los últimos treinta años? Estas preguntas tienen respuestas parciales e incompletas, el país se mueve subjetivamente pero nadie sabe en cuantas direcciones y sentidos, si son contradictorios, si son opuestos, si son conflictivos. La atención sobre estos asuntos aparece cuando los hechos han rebasado a la indiferencia, la ignorancia es el común denominador.

Todos los días millones de mexicanos ejercen su punto de vista sobre lo que son y lo que no son, sobre lo común y lo extraño, sobre los semejantes y los diferentes. La intolerancia y la necesidad son la norma, la ceguera de la incomprensión y la renuncia a la toma de conciencia. Estos son objetos de la cultura, pero no de la cultura nacional en particular, sino de la diversidad cultural y su encuentro cotidiano.

¿Cómo calificar a la diversidad cultural? Haría falta algún criterio descriptivo y algún otro prescriptivo. Con uno se levantaría información, con el otro se le calificaría, ambos permitirían un análisis comparativo. Esto sucedería en dos ámbitos por lo menos, el de un observador de las culturas y el de los miembros de las culturas mirán-

dose a sí mismos y a los demás. Una tarea compleja y tal vez inútil. Pero pensar en el aprendizaje que traería para todos los participantes no deja de ser motivador. El encuentro con el otro en forma reflexiva tiende a convertirse en una situación vital muy importante.

La elaboración de los criterios requiere tiempo, su diseño se justifica en tanto un proyecto de vitalización cultural del cual forman parte. Si hace más de un siglo parecía que la unidad cultural era la condición de la fuerza de una nación, ahora se entiende que la diversidad también tiene un potencial muy grande. La cuestión es la estrategia que se decida para la conformación de un proyecto de nación. Pensar en nación a partir de lo diverso era una contradicción, ahora es un elemento de realismo político y de ímpetu democrático.

Un principio del diseño de los criterios de registro y comprensión de la diversidad es la lógica del tiempo-espacio. Sea cual sea la decisión, las regiones y las generaciones serán una tematización necesaria. Entrarían después las tradiciones y las innovaciones, las afinidades grupales, y el perfil general de categorización social según el sentido común y los lenguajes sociales especiales — como la religión, la política, la producción —. Los juicios culturales tendrán que ser explicitados, existe una tendencia al silencio y la aceptación de las situaciones dadas, y los momentos de conflicto también distorsionan las situaciones preexistentes.

Si en un primer movimiento la descripción del campo cultural permite una visión del conjunto de la diversidad, en un segundo movimiento se requiere la distinción del peso y extensión de los agregados culturales descubiertos. Todo esto está expresado en frases de tal certidumbre y objetividad, que pareciera que el discurso científico es un recurso en el cual se puede confiar sin recelo alguno. Pero el camino está lleno de sutilezas, nada sucede en apariencia fuera del ejercicio racional e instrumental, pero no es así, las visiones de los correspondientes puntos de vista son formas de la ceguera irreflexiva y dogmática. Sólo la postura crítica ejercida al tiempo que la racional y analítica, pueden mantener al diálogo de posiciones más allá de la trampa de la aparente objetividad. En cualquier forma, primero la descripción, después la interpretación y evaluación.

En el campo de las culturas mexicanas habrá algunas que cubran una extensión mayor, y otras que tengan un peso más definitivo, se dará el caso en que alguna formación cultural tenga las dos cualidades. Aquí aparece un elemento de composición y organización central, los miem-

bros de las diversas formaciones culturales no se dan cuenta en forma consensual de la situación del campo cultural en su totalidad. Es decir, los pesos y las extensiones no son percibidos por las partes de igual manera, se abre la posibilidad de contrastar una visión de conjunto más objetiva contra las visiones de conjunto de las partes más cargadas de subjetividad.

Para salir del momento de posible enfrentamiento se requeriría de la tolerancia y el respeto mutuo. En el caso del investigador más obsesivo la situación es más sutil, el análisis se mueve de lo evidente a lo profundo, de la superficie de la composición y organización sociales hacia las profundidades de las trayectorias históricas a través de los tiempos y los espacios. Una primera labor descriptiva tendría que complementarse con un ejercicio de inferencia e intuición tan intenso como la información y la concentración lo permitan.

La pregunta por lo más persistente a través del tiempo vuelve a ser necesaria. Se complementa con la pregunta por el desarrollo de *formas de sentido* desde su surgimiento hasta su eventual desaparición. Existen formas de sentido que están al centro de las formaciones culturales, pudiendo darse el caso de que varias formaciones culturales distintas en apariencia comparten formas de sentido centrales. Las formas de sentido serán variadas, su combinatoria en cada formación cultural hará la diferencia, pero su composición básica podría ser similar.

Esto lleva a otro grupo de reflexiones. Las formaciones culturales están compuestas y organizadas por algo denominable como *unidades de sentido*. Estas unidades tienen su conformación en ritos, símbolos y mitos, en un continuo que va desde la vida cotidiana hasta la vida especialmente ritualizada para fines extraordinarios. Estas unidades componen a las totalidades específicas de las formaciones culturales particulares en relación a la totalidad del campo cultural considerado, en este caso el de México. Estas unidades tienen lógicas propias de combinación. Su número no es infinito, y puede darse el caso de que un mismo grupo de unidades combinadas de distinto modo resulte en formaciones culturales diferentes.

Una hipótesis que deriva de estas ideas es que el campo de la cultura mexicana en general se compone de un número finito de unidades de sentido combinadas en formaciones culturales diversas.

Las formaciones que compartan más unidades y órdenes lógicos de su composición y organización están más cercanas, fuera de que así

se perciba en la superficie o no. Y por otra parte formaciones aparentemente cercanas en la superficie podrían estar profundamente separadas. Al preguntarnos en particular por algún fenómeno, estas consideraciones deben estar presentes. Así por ejemplo, la cuestión étnica mesoamericana tiene una presencia en ciertas regiones del país, en ciertas generaciones y grupos. Desde la superficie puede observarse una composición y organización, desde lo profundo, otra. En ciertos aspectos la superficie mantiene rasgos ordenados por antiguas unidades de sentido no mesoamericanas, en otros, existen rasgos de superficie no mesoamericanos ordenados por unidades de sentido antiguas. Es clave para todo esto pensar en lo que la difusión de información y valores ha hecho a través de los siglos, y en particular en los últimos cuarenta o cincuenta años.

II. Movimiento social y cultura

Ante nosotros tenemos un mosaico diverso de formaciones culturales en México, el país es extenso y regionalizado, su sistema de ciudades ha concentrado en decenas y cientos de puntos a los nichos culturales, todos ellos peculiares. Un recorrido por las poblaciones y regiones del territorio nacional deja una impresión de multiplicidad apenas atemperada por la fuerte consistencia de la vida urbana contemporánea. Los contrastes son evidentes de zona a zona, de ciudad a ciudad, de formación a formación. Una buena descripción y análisis alcanzaría a mostrar rasgos de diversidad que van desde la superficie hasta la profundidad de la composición y la organización de la vida cultural en general.

Esas formaciones culturales vienen de algún lado y van hacia algún lugar. Existen áreas de las formaciones que cambian a una gran velocidad, el tiempo de transformación tiene un ritmo constante, a veces tremendamente acelerado. Estas áreas son las más superficiales, el comportamiento, el aspecto, la rutina, el consumo, son componentes de rápidos cambios. En una relación de superficie a profundidad, existen otros componentes que tienen un ritmo menor de modificación, algunos parecen no moverse en un buen tiempo. Las creencias religiosas, los valores morales, el sentido de la vida, parecen ser componentes de estas áreas más profundas. La identidad tiene alguna relación con estos dos tipos de áreas, en cierto sentido se vincula con las superficia-

les, en cierto sentido se compone con las profundas. En cualquier caso, unas y otras están en movimiento.

El sentido, lo que une al sujeto con el lenguaje y el mundo, está más cerca de la cultura que de la acción. La acción se remite al sentido pero no depende de él en exclusiva, el deseo y el impulso vital se mueven con sus propias fuerzas. Existe alguna relación entre sentido, deseo e impulso vital, pero estos últimos están más cerca de la acción como mediación entre el sujeto y el mundo. Todo esto requiere ser dicho para plantear la separación que existe entre *sentido* y *acción*, al tiempo que se propone en forma paralela la separación entre *cultura* y *movimiento*.

En la vida social el movimiento define al sujeto como un actor que actúa en búsqueda de un objeto. La acción es el centro del movimiento, pero el sentido de la acción es la búsqueda de algún objeto. La cultura es el sentido como resultado de la acción, en tanto efecto mediato por la razón y la sensibilidad. El sentido de la cultura es más bien inmóvil, no quieto. El sentido de la acción es móvil, vive a partir de lo inmediato. La cultura está como condición del movimiento, el movimiento es condición de formación de la cultura. Cuando observamos una formación cultural, existe un orden de sentido que la conforma como unidad dentro de la diversidad cultural, y al tiempo ese orden antecedente promueve cierto tipo de acciones pertinentes a la formación cultural. El movimiento social deviene de un marco cultural, la formación cultural deviene de un proceso de movimientos sociales. Pero no sólo sucede eso.

El movimiento social depende de las circunstancias que lo rodean y de los otros sujetos sociales también en movimiento. Y por su cuenta la cultura depende de efectos de movimiento propios y extraños en el tiempo y el espacio, efectos de su propio movimiento y de otros movimientos actuales y pasados, cercanos y lejanos. Movimiento y cultura se conforman de esta manera en las dos caras de un mismo fenómeno, la vida social.

Construir la historia de la relación entre movimiento y cultura es un reto apasionante. Hay formaciones culturales que promueven ciertos movimientos que resultan en formaciones culturales distintas, dos movimientos sociales con condiciones culturales diversas pueden coincidir con el tiempo en una misma formación cultural, de una misma formación cultural pueden surgir movimientos distintos que conformen con el tiempo formaciones culturales diferentes, en relación de

movimientos sociales y formaciones culturales puede haber uniones y separaciones en ciclos largos y cortos. Una forma de elaborar la visión histórica es la relación entre movimiento y cultura, entre lo fijo y lo móvil de la vida social. Esta visión histórica sería compleja y completa.

El movimiento social es la parte más activa de la vida en sociedad, en él radica la composición de las formaciones sociales. Hablar de movimiento social es nombrar el camino al andar, en donde no había sino naturaleza se construye un sistema de producción agrícola y ganadera, en donde había un caserío se funda una urbe industrial, en donde se vivía en ejidos se construye una inmensa urbanización popular. El movimiento social humaniza a la naturaleza, la violenta y la destruye, también complejiza la organización humana, multiplica la densidad poblacional, siembra la muerte con la guerra. El hombre hace al mundo, el movimiento social es el nombre de esta acción colectiva de composición de la sociedad con y contra la naturaleza.

La Antropología plantea que las dos dimensiones básicas de ubicación del hombre en el mundo son la relación directa con él, y la relación indirecta a través de la tradición. La relación directa es la acción, la relación indirecta es la cultura. Lo que de aquí deriva es un planteamiento complejo de derivaciones relacionales. En un extremo está la reacción entre el mundo-naturaleza en un proceso de aprendizaje duro por ensayo y error, el mundo lleva la mano, el hombre se defiende, sobrevive. En el otro extremo, y gracias a la sistematización de información, el hombre proyecta sobre el mundo sus imágenes mentales producto de mucho tiempo de formación, el hombre lleva la mano, la naturaleza se somete en apariencia a su poder. Las consecuencias de este planteamiento son múltiples, lo que aquí importa es el énfasis en la acción y la información, para la propuesta previa de movimiento y cultura.

En cualquier sentido la parte activa se mantiene como constante presente, sucede que los matices en su intensidad e intención puede ser pertinentes para iniciar algunas hipótesis sobre su naturaleza y efecto. Imaginemos cuatro opciones como principio de organización, que serían los tipos de movimiento social según la relación que tienen con el medio y con la tradición. Es interesante incluir las variables fuerza, poder y energía en esta tipificación.

1o. Adaptación. El sujeto cambia según el medio. El movimiento es hacia la relación armónica con el medio, se renuncia a lo dispensa-

ble, se adopta lo necesario. El sujeto puede llegar a cambiar por completo en relación con un nuevo medio natural o social.

2o. Modificación. El sujeto cambia al medio. En este caso el movimiento tiene una referencia primaria a lo antecedente, las nuevas condiciones son hechas a la usanza previa. El sujeto modifica al medio natural o social.

3o. Repetición. El sujeto mantiene un patrón de relación similar al anterior sin modificar el medio ni adaptándose a él. El resultado puede ser el aislamiento en un nicho semejante al anterior.

4o. Modulación. El sujeto algo cambia y el medio algo cambia. Aquí hay una combinación de adaptación y modificación. El movimiento es de acción y reacción reflexiva, se da una negociación entre las fuerzas del medio y las fuerzas del sujeto.

¿Cuáles son las condiciones particulares que condicionan a cada una de las situaciones tipificadas? ¿Porqué un sujeto social y cultural decide optar por alguna de las situaciones? ¿Qué peso tiene el propio sujeto y/o el medio en tal decisión? Todas estas preguntas tienen respuesta en el análisis concreto de los cursos históricos de relación entre movimiento y cultura. Es importante insistir en el peso de la vitalidad del sujeto en términos de energía, fuerza y poder, es claro que existen sujetos que han mostrado a lo largo de la historia una agresividad mayor en su acción, una vocación más intensa de poder, una intención más evidente de dominio. En el otro lado están las condiciones socio-históricas de acumulación de energía y fuerza que permiten el ejercicio del poder en forma circunstancial. Hay que observar los dos posibles ejes del movimiento y la cultura en el devenir histórico de los sujetos de la vida social.

Un elemento central en la consideración teórica del movimiento social es el *territorio*. El movimiento tiene como primera connotación el desplazamiento en el espacio, y en un segundo término el desplazamiento en el tiempo. El movimiento por antonomasia es el movimiento en el espacio. La migración es el fenómeno más nombrado en relación a este aspecto. Es tan clara su configuración que basta aplicar la tipología anterior al sentido migratorio para obtener de inmediato imágenes concretas de una gran diversidad de casos. En un sentido amplio el movimiento en el espacio se puede equiparar a un concepto rico y abierto de migración. El caso de los movimientos con connotación temporal es un poco más complicado, nombra a aquellos movimientos que se dan en un mismo territorio, lo que varía es el objeto

buscado o el momento de búsqueda del objeto. Hubo un tiempo en que los movimientos espaciales eran el centro del movimiento social, hay otros tiempos en que los movimientos temporales son los mayoritarios y principales. Llama la atención con intensidad que una parte importante de los ejemplos citados sean por el espacio, es decir, por la tierra. La tierra sigue siendo un referente de sentido y de acción central en la vida social y cultural.

Los movimientos sociales en el sentido de la búsqueda de un objeto, pueden ser clasificados y tipificados según el tipo de objeto buscado. La relación con el objeto es básica, el sujeto se promueve en la historia incorporando objetos que lo potencian como sujeto, esto sucede así con un horizonte de deseo y acción explícitas de búsqueda, pero también son incorporados objetos que no fueron buscados ni deseados explícitamente, situación que modifica incluso los deseos y búsquedas explícitos. El sujeto también pierde objetos, esto sucede de manera voluntaria e involuntaria, la pérdida puede afectar la constitución del sujeto, también puede ser intrascendente. Un sujeto puede ir ganando objetos y pensarse en aumento, pero estar debilitándose en realidad; esta fuerza o debilidad son relativas a otros sujetos o al mismo sujeto en otras condiciones, todo ello relativo a la acción frente al medio. En ese mismo sentido el sujeto puede perder objetos incorporados y con ello debilitarse o fortalecerse. En cierto sentido toda obtención de un objeto implica no obtener otros o perder alguno, la acción de búsqueda de un objeto depende de una decisión, de una opción, de una selección.

Un primer ensayo tipológico del movimiento podría centrarse en el tipo de objeto buscado. También podría trabajarse sobre el tipo de acción de búsqueda, y también en el tipo de condiciones de composición del sujeto, lo que llevaría al referente cultural y psicológico.

1o. Movimiento hacia lo *conocido ausente*. Aquí el objeto es conocido y nunca se ha tenido, se desea para completar alguna tensión sobre lo deseado y no obtenido. Es el movimiento típico de ir más allá de la situación actual hacia una situación mejor, aún no experimentada, pero sí conocida por algún medio directo o indirecto.

2o. Movimiento hacia lo *conocido perdido*. Aquí el objeto es conocido y ha sido experimentado, pero se ha perdido, es un movimiento de *recuperación* del objeto perdido. El sujeto actual pudo no haber experimentado al objeto, pero sí los ancestros, la pérdida llega por vía de la tradición, por la cultura.

3o. Movimiento hacia lo *desconocido ausente*. Aquí no se conoce al objeto pero se le desea. Tampoco se le ha experimentado, como es obvio. Es el caso de desear un objeto sin tener el perfil de relación con él completo. El sujeto puede moverse en falso varias veces, desgastarse y perder fuerza.

4o. Movimiento hacia lo *desconocido perdido*. Aquí no se conoce el objeto pero en algún sentido se le ha experimentado directa o indirectamente. El sujeto perdió la memoria del perfil de relación con el objeto, pero sabe que tuvo esa relación y desea tenerla de nuevo. Aquí el referente mítico se hace presente con gran fuerza.

El movimiento social puede ser en vano, puede invertirse mucha energía en algo que incluso significa la muerte. Las condiciones particulares de cada movimiento social son indispensables para evaluar este tipo de situaciones. Se puede mover el sujeto en la paradoja de lo que significa su fin, y también puede obtener su trascendencia por casualidad, encontrándose con lo que no buscó. Las historias de los movimientos sociales están repletas de ejemplos sobre casos típicos y casos extraños y extraordinarios. Tanto las motivaciones como las realizaciones son principio, fin, o continuación, de movimientos sociales. Detrás de un movimiento concreto hubo otro, delante habrá otro más. Hay que avanzar en los casos.

De regreso al sujeto del movimiento, existe un aspecto que vale la pena tematizar por sus implicaciones políticas, asunto siempre sutil o aberrante, a veces justo. Los sujetos del movimiento manifiestan características extrovertidas o introvertidas, agresivas o sensitivas, a veces como tendencia constante, a veces como momentos de una dialéctica peculiar. Existen sujetos que buscan la expansión de sí mismos hacia otros sujetos y objetos, mientras que otros buscan la comprensión de lo otro y los otros. Existen sujetos que definen a la acción como sinónimo de conquista, de victoria, en tanto que otros prefieren el aprendizaje y la armonía. Parece un juego de palabras, un paralelismo entre el movimiento social y un partido de fútbol americano o una charla de hermanos del alma, pero no, no es sólo eso. Los sujetos tienen perfiles semejantes que afectan, que determinan el tipo y curso de acontecimientos de los movimientos sociales. Es importante también considerar estas características en los trabajos de tipificación.

Algo más sobre el punto anterior. Hay movimientos que se desarrollan hacia afuera y movimientos que se desarrollan hacia adentro. Esta situación define en parte la autonomía y dependencia del

exterior, lo público o privado que sean, la debilidad o fuerza con que cuenten. Para algunos momentos de su historia los movimientos requirieron ser casi anónimos para después tornarse públicos: es el caso de algunos movimientos políticos. En ciertas circunstancias los movimientos se aíslan y rompen casi por completo con el exterior, es una actitud defensiva, fortalecedora, como en el caso de las minorías en ciertos contextos. La acción hegemónica y de dominación requiere una combinación de ambas características, un cerrarse para mantenerse fuertes en lo interior, y un abrirse para manifestarse fuertes en lo exterior. El exceso de vida exterior puede debilitar el interior y llevar a la disolución, el exceso de vida interior puede llevar al aislamiento y con ello a la entropía mortal. Lo abierto y lo cerrado de los movimientos es un asunto vital y varía según las circunstancias.

Es posible identificar en México a los que han sido los sujetos fundamentales de los movimientos sociales que han construido al país. En esta relación es básico considerar a los triunfadores y a los perdedores, hacia el interior del proceso de formación nacional ambos siguen coexistiendo en diversos puntos. En esta dirección, una veta es la de seguir las luchas a lo largo de varios siglos, siguiendo a los vencedores hasta la fecha. Esto es lo que hace el discurso ortodoxo de la historia con ciertas simplificaciones y omisiones, algunos agregados, algunas exageraciones. Otra veta es la de intentar identificar por etapas al conjunto de sujetos sociales en sus trayectorias de movimiento, haciendo un especie de mapa que marque a los grandes triunfadores, a los pequeños, a los perdedores, a los sobrevivientes y a los aniquilados; de esta manera se podría mejor entender de dónde surgen los sujetos como producto de una etapa anterior, e identificar a los que se han transformado, los que han sobrevivido y los que han desaparecido. Una tercer veta debería permitir seguir a los sujetos de forma superficial y profunda, conectando su acción con el sentido que la promovió o condicionó. Esta tercera incluye a las dos anteriores, vincula al movimiento con la cultura, y sobre todo permite comprender más allá de lo evidente. Esta sería una de las formas de evaluar el peso de la cultura mesoamericana a través del tiempo, y el encuentro y enfrentamiento de formas culturales tan distintas y contemporáneas a través de nuestra historia.

III. Cultura y movimiento

El movimiento permite observar el proceso de composición de la vida social, ser espectador de la realización del impulso de vida, del gasto de energía, de la ejecución de decisiones, del estallido del deseo o la desesperación. Pero cada acción así verificada se enfrenta al orden, a la red de normas que conducen la fuerza social hacia ciertos puntos, vértices previsibles de desahogo o productividad. El orden social le da permanencia a la vida, es su parte constante, es lo que vigila, lo que administra, lo que conserva. El orden permite e impide, el orden demarca y concede. El orden es la figura de lo fijo enfrentada a la figura de lo móvil de la acción y del impulso vital.

La cultura en un concepto general se aproxima al sentido del orden, desde ahí programa a la acción. La presencia cultural es prescriptiva, se conforma en las normas de comportamiento, en la estandarización de prácticas y objetos, en la certidumbre de los valores y las costumbres. La parte más fija de la sociedad como creación humana es el corazón de la formación cultural. Aunque la composición de sus códigos y sistemas se va organizando desde lo fijo hasta lo móvil. Una formación cultural tiene un rango de flexibilidad que permite el cambio, que lo promueve, que lo hace necesario.

Esta idea de cultura asociada al orden y a lo fijo, aunque con su contraparte activa incluida, es útil al aproximarse a la vida social en su dialéctica fijo-móvil. En cierto sentido la cultura pone en forma a la fuerza manifestada en movimiento, tiende a dirigir a la acción. Sin embargo el movimiento tiene sus propios principios que rompen al orden incluso de forma violenta.

La relación entre lo fijo y lo móvil afecta a la vida social en forma sustantiva, en ocasiones se presentan situaciones de inmovilidad por mucho tiempo, los procesos de continuidad son fuertes y dominantes, y en contraste en un período relativamente corto de tiempo las situaciones llegan a cambiar de forma evidente y a veces fundamental. Algo hay detrás de estos contrastes, las condiciones de ruptura y de continuidad no son casuales. Una tarea pertinente es averiguar ese algo y hacerlo explícito, aprender de ello permitiría quizá ubicarse en un ritmo justo de cambio, sin los excesos tan costosos que suelen suceder.

La relación entre lo que cambia más rápido y lo que lo hace en tiempos más largos es central para comprender la dialéctica fijo-móvil de la vida social. En las formaciones sociales existen áreas más procli-

ves al cambio y áreas más resistentes, los aspectos culturales se conforman en una composición que pudiera visualizarse con un centro más resistente y una superficie más voluble. Existe una asociación entre lo resistente, lo más profundo de la composición del orden y el sentido, con lo superficial y más maleable.

Por una parte la formación cultural tiene componentes que son fundamentales para la coherencia interna y la resistencia externa, estos componentes son de carácter fijo. El resto de su composición es de orden constituyente menos fijo, aunque su carácter sea importante, puede moverse, puede cambiar, la coherencia interna no está en juego. Por otra parte existen composiciones superficiales más susceptibles de aparecer y desaparecer en tiempos cortos por el contacto con otras formaciones, al tiempo de composiciones internas profundas menos susceptibles de cambio.

En el primer sentido la coherencia interna requiere de componentes fijos, en el segundo la superficialidad permite la movilidad de los componentes. Un componente de coherencia interna puede aparecer en la superficie, eso le dará características fijas, un componente profundo puede cambiar en ciertas condiciones pues no es un componente de coherencia interna.

Las culturas también se mueven, por tanto no es descabellado pensar en una reorganización de coherencia interna que cambie un componente por otro dando un sentido distinto a una formación cultural, de la misma manera que existen formaciones donde los componentes de coherencia interna permanecen casi inalterados cuando casi todo lo demás ha cambiado. Esa cultura es *otra* y la misma. Estas ideas muestran la complejidad del asunto, y en particular la pertinencia de la dialéctica fijo-móvil para aproximarse al estudio de la cultura.

Al interior y exterior de una formación cultural hay movimiento, pero la cultura sigue siendo orden y sentido establecidos. En condiciones sociales estables las formaciones culturales tienden a una consistente estabilidad, en condiciones inestables tienden a moverse. Esta afirmación aparentemente evidente tiene sus implicaciones complejizantes. La cultura puede mover hacia una recuperación de la estabilidad perdida, pero también puede moverse hacia una nueva situación de estabilidad. Puede darse el caso de que una estabilidad cultural dependa de la inestabilidad de otras formaciones culturales, esto llevará a un enfrentamiento de inestabilidad de las dos partes. En fin

la combinatoria de posibilidades no es infinita, aunque la cadena de relaciones situacionales puede ser sintácticamente única y diversa de otras cadenas posibles.

La imagen de la estabilidad y la inestabilidad permite otras reflexiones. Cuando las condiciones sociales exigen una movilidad mayor por la alta inestabilidad, las guías de acción pueden ser insuficientes e incompetentes para resolver las situaciones que se presentan de hecho. Esto trae consigo la creación y diseño de nuevas guías de acción, o simplemente de acciones puntuales no previstas por la formación cultural previa. Esto lleva a que la formación cultural entre en crisis, la situación emergente forma un estrato de cultura emergente, no una verdadera cultura, pero sí un paquete de normas y ejercicios novedosos. De la crisis puede salir modificada la formación cultural en forma superficial, puede recibir impactos profundos, e incluso variar entre una vuelta a la normalidad pasada la emergencia, o una transformación de fondo en su composición y organización.

Como hipótesis puede decirse que toda formación cultural se conforma en el tiempo y el espacio con momentos estructurales generales de estabilidad y de crisis, momentos que permiten caracterizar a la cultura en su conjunto. Por otra parte la composición cultural conlleva una relación permanente de estabilidad-crisis, en donde las diversas áreas de su composición se debaten entre lo fijo y lo móvil en su propia escala y muestran en conjunto una configuración global de movimiento. Cuando la formación cultural está en crisis global, los componentes móviles se intensifican, y los fijos se conmueven; en caso contrario, los móviles se estabilizan y los fijos se fortalecen.

Esto lleva a una consideración necesaria sobre los momentos de crisis y de estabilidad globales y regionales o particulares. En este caso el comentario será un apunte breve. La crisis se presenta por efecto de la presencia de un objeto ante el sujeto o bien, por su ausencia. Esta presencia puede ser novedosa por la relación de objetos y sujeto que implica, además de lo novedoso del objeto en sí. Por otra parte la ausencia puede ser pérdida de un objeto concreto, o desubicación del objeto en la red implicada. La crisis afecta en el movimiento y en la cultura. En el caso del movimiento, mueve en el sentido de la presencia o ausencia del objeto, o es el movimiento el causante de tal presencia o ausencia. En el caso de la cultura, el objeto presente o ausente impacta el orden y el sentido establecidos. La relación entre la cultura y el movimiento llevan el efecto crítico de una dimensión a la otra. La

estabilidad marca la consistencia entre la guía de acción cultural y la realización de la acción, entre el orden y sentido establecidos y las acciones que los mantienen. El orden y sentido que no permiten la ausencia o presencia de objetos agitadores y buscan mantener la composición y organización de relaciones de campo entre sujeto y objeto en forma estable, es decir, sin movimiento.

El primer modelo de una formación cultural presenta una composición superficial y una profunda. La composición superficial es extensa y diversa, se vincula a la acción de la vida cotidiana, al orden y sentido del día con día. También tiene el rostro de la cultura emergente, novedosa, fresca, experimental, de ensayo. La composición profunda es cualitativamente más intensa y de un orden inconsciente, el orden y el sentido que atraviesa generaciones y regiones, el que vincula a muchos marcos de composición superficial distintos en apariencia. La composición profunda es aquella que en un momento dado vincula en un sentido a todo el campo de formaciones culturales diversas, y que en esa situación separa drásticamente a diversas formaciones aparentemente unidas y compatibles.

Los dos tipos básicos de composición se presentan en una primera forma típica con pesos semejantes, pero existen formas típicas donde las formaciones culturales se inclinan a uno y otro lado, el resultado son culturas de superficie o culturas de profundidad. Las primeras son más modernas, más urbanas, con una sobreabundancia de información superficial, son las formaciones de la era de los medios de comunicación masiva y de la velocidad y diversidad. Las segundas son más tradicionales, el peso de los valores y los principios se manifiestan en superficie todo el tiempo, son formaciones menos diversas, lentas y con información circulante muy controlada y conocida. Al mirar un campo cultural contemporáneo como el mexicano se distingue una convivencia de formaciones distintas y con diversos grados de composición superficial o profunda. La cultura nacional se pretende profunda desde un punto de vista político-ideológico, y resulta superficial desde la perspectiva económica-ideológica. En tal contraste se mueve la acción de la Secretaría de Educación y Televisa.

Desde la perspectiva generacional, los jóvenes son consumidores intensos de cultura superficial. Desde un punto de vista regional, lo rural vive en una matriz profunda. Pero en este orden concreto empiezan otro tipo de matices. La cultura urbana contemporánea pertenece a un ámbito de composición que ha privilegiado a la cultura superficial,

el control cultural se ha movido hacia centros especializados y superconcentrados de poder, el modelo es el de productores y consumidores masivos. La cultura rural tiene otro modelo proveniente de épocas anteriores a la industrialización y la modernización del modelo urbano contemporáneo. En el campo el eje de organización cultural es profundo, pero la presencia de la cultura superficial urbana ha puesto en crisis a todo el modelo. Las preguntas que surgen de aquí son sobre lo que comparten o no la vida urbana y la vida rural, sobre lo que une y separa al orden y sentido de lo urbano y de lo rural, sobre las consecuencias de esta situación, y por supuesto, sobre los orígenes y desarrollos de las situaciones actuales vividas en diversas regiones del país, y de la situación del país en general.

Estas preguntas llevan de nuevo a las formas de trabajo para resolverlas. El inicio metodológico en la composición y la organización sociales en el tiempo y en el espacio, es una decisión posible y útil. Para construir una imagen de los cursos históricos de las formaciones culturales y los movimientos sociales su ubicación tiempo-espacial es imprescindible, y puede ser la guía general del trabajo descriptivo-analítico. El escenario es el primer elemento a definir y tipificar; la dimensión espacial. Para el tiempo una ruta cronológica puede ser la primera guía. La tipificación de actores y acciones es el siguiente nivel de construcción tipológica. La definición de los objetos básicos de acción la siguiente. Por último entra el nivel de análisis e interpretación, la concepción de los órdenes y vínculos de sentido, y su coordinación a momentos de acción. En esta elaboración de mapas de composición y organización de tiempo y espacio sociales, la participación de los actores en el juicio y definición es fundamental.

Es de suponerse que la complejidad del campo cultural mexicano, y la diversidad de cursos históricos, nos lleve a un cuadro inmenso y casi irregistrable o concebible, es posible, pero vale el intento. Y más, estructurando todo eso aparentemente diverso puede haber ciertos núcleos de composición y organización. Una expectativa de un programa tal de trabajo sería encontrar lo que vincula en la diversidad. Ese componente sintético es un sol ordenador del universo mexicano, de ese punto proviene la luz y la energía de la unidad. Ese descubrimiento quizás no se parezca a nada conocido hasta ahora, pero al tenerlo ante nuestro entendimiento y sensibilidad lo reconoceríamos como algo que siempre estuvo ahí, nos reconoceríamos en él como algo que es un

referente de orden, sentido y acción para todos. Sólo por esta expectativa el programa de trabajo es importante, tiene valor.

IV. Las culturas étnicas en la cultura urbana, los movimientos étnicos en la vida de las ciudades. Asuntos para problematizar

1) Cultura urbana, cultura nacional y cultura étnica

La cultura contemporánea es un marco de composición tan complejo y fascinante como difícilmente hubo otro, aunque cada época tiene su propia complejidad. Pensemos a México. Por una parte es una sociedad que tiene más de siglo y medio de vida independiente después de ser una colonia de la corona española por tres siglos. Esta frase contiene la síntesis de la historia de casi quinientos años. Un territorio con veinticinco millones de habitantes, una conformación cultural diversa conjuntable bajo el título de cultura mesoamericana, y de pronto en una generación, una población de menos de cinco millones bajo el dominio de unos miles de conquistadores. Cinco siglos después aquella vida social de veinticinco millones es a veces una sombra, a veces un fantasma, a veces un extraño cuerpo presente, y siempre una presencia constante y entrañada. Pero fuimos europeos de segunda durante tres siglos, y llevamos más de ciento cincuenta años jugando a los espejos de la identidad.

¿Quiénes somos? esta pregunta tiene unos márgenes de pertinencia relativos y sospechosos. Depende de quién la hace y se tiene casi la totalidad de la respuesta, la otra parte depende de la extensión que se requiera dar al nosotros. De este último punto viene su pertinencia sospechosa, el problema de hecho de lo mexicano es la extensión y definición del nosotros.

México fue definido de manera política y constitucional, el primer margen de lo mexicano es legal. Pero eso no bastaba, los ciudadanos legales de la mexicanidad debían identificarse en las instituciones de gobierno legalmente establecidas, y debían participar en esa identidad legitimando la legalidad legislada por unos para todos. Los que emprendieron el proyecto se han ocupado en parte de convencer a los demás de las ventajas de su propuesta, y de seducir para la vinculación a las guías de acción y de sentido semi-explicitas en su convocatoria. Parece ser que su instrumento más eficaz ha sido la Secretaría de Educación Pública y su cobertura educativa nacional, pero también las instituciones políticas de gestión, administración y promoción han

generado una cultura política de vinculación, dependencia y subordinación. La cultura nacional existe en tanto existe la cultura política que sostiene a la continuidad de regímenes políticos.

La tarea de formar a los participantes del sistema de orden social no sólo de forma legal sino cultural, ha sido dura y parece nunca completarse, pero no ha sido la única forma de la cultura nacional. La religión, producto de tres siglos de ejercicio ideológico, ha sido a través de los últimos siglos, lo que ha mantenido la continuidad más evidente entre la colonia española y el México independiente. Y la cultura industrial, el sentido y su expresión material vendido y comprado, producido en serie para ser consumido, el sueño y el deseo en un producto para usarse y olvidarse después de ser comprado. La cultura nacional tiene tales límites, entre la trascendencia religiosa y el consumo industrial, entre la institución política y el cantante de moda, entre el más allá del mito religioso y el más acá del proselitismo electoral. La cultura nacional es un combinado complejo y dependiente de las puntas de hegemonía representativas de los grandes poderes nacionales e internacionales.

A este nivel lo nacional importa tanto como lo transnacional. El representante más claro de lo externo al país es la cultura industrial, en un segundo orden estarían la religión católica y su referencia al Vaticano, y el régimen político constitucional con su herencia y vinculación a las fuerzas liberales democráticas europeas. A nivel nacional parece ser que la cultura tiene un rango internacional fundamental, en este sentido se ha llegado a afirmar que nuestra cultura nacional es una cultura dependiente de Europa y de los Estados Unidos, lo cual tiene un referente de sustentación comprobable.

Pero la cultura nacional no es toda la cultura que existe en el país, así como lo mencionado no es toda la cultura nacional. Precisamente la otra parte de la cultura nacional se vincula a otras formaciones culturales existentes en México y llevadas a lo nacional como símbolos y referentes mitologizantes de lo mexicano. Esos otros estratos culturales son de principio regionales, desde una perspectiva geográfica y sociológica-antropológica. Existen formaciones culturales regionales según el área geográfica del país, la tradición depende en mucho de los poderes locales interesados en fomentar la identidad y la diferencia, esos poderes son de orden popular o de élite, juntos impulsan lo propio distinto de lo extraño en forma espontánea o voluntaria explícita. Estas regiones geográficas se conforman entonces de modo socio-antropo-

lógico espacial. La competencia con la cultura nacional es dura, el resultado de su enfrentamiento es desigual.

En un sentido político regional, lo que sucede a nivel nacional se conforma también a nivel local, existió una invención de lo que desde la política se selecciona para ser la representación cultural de la región. Esto sucede en diversas formas y por el momento no requiere mayor comentario. Lo interesante es lo que sucede en el ámbito socio-antropológico de lo regional. Aquí se mezclan formaciones culturales del pasado con el presente, de lo propio con lo extraño, de lo nacional y regional con lo comunitario. En este nivel se conforma otra cultura, el otro rostro de México, la otra mirada de la gente frente a lo nacional y sus secuelas.

Si bien lo étnico ha sido llevado al status de la cultura nacional, en algunos casos al status de lo regional, lo cual requiere un comentario particular, es en lo comunitario y socio-antropológico donde tiene su nicho y su espesor real. Oficialmente reconocidos existen grupos étnicos en más de la mitad del país, pero su presencia más allá de lo comunitario se proyecta a un mayor porcentaje de la población. Los territorios ocupados por las comunidades étnicas son una parte mínima del territorio nacional, pero los territorios ocupados por su presencia cultural son mayoría. Y esto puede ser considerado así no por la extensión en kilómetros cuadrados, sino en población ocupante del territorio nacional. Baste mencionar el rostro indígena como referente empírico de esta proposición.

Lo étnico tiene su referente inmediato en las comunidades donde la cultura étnica es el referente de guía de orden y sentido de la vida social, y tiene una presencia mediata en todas las organizaciones y composiciones sociales donde forma parte de las formaciones culturales como un componente. En este sentido lo étnico tiene presencia en la persona de los llamados indígenas, pero también en la persona de muchos no calificados como tales. Queda pendiente la caracterización de la cultura étnica, sólo mencionemos que tiene una vida de diálectica fijo-móvil, por tanto ha cambiado en el tiempo, pero tiene su origen y referente primero en la llamada cultura mesoamericana precolombina.

La cultura contemporánea en México tiene su asiento y punto de concentración y difusión en las ciudades, la cultura contemporánea promueve la vida urbana. La cultura contemporánea como cultura urbana pone al centro de la vida social la vida en la ciudad. En tanto

las formas de vida rurales, incluidas las étnicas, pasan a un nivel secundario y se les percibe como rémoras de la modernización y el progreso, que tienen un rostro urbano. Mientras la cultura nacional apologiza al rostro urbano, el rostro rural puebla las ciudades y las carga de su connotación. Las ciudades se convierten entonces en un frente de lucha cultural, donde dos modelos de vida se enfrentan irreconciliables, el rostro indígena y rural es aparentemente vencido, se blanquea en artificios costosos, pero la mirada no se blanquea del todo y la lucha continúa en otros niveles, en otras dimensiones.

2) *Movimientos sociales, lo urbano y lo étnico*

El movimiento social se perfila sobre la formación de un sujeto en la búsqueda de un objeto. El país ha tenido claros sujetos en su historia, los nombres son diversos, comunidades, grupos, clases, instituciones, agrupaciones, asociaciones, partidos, frentes. Desde individuos hasta macrosectores sociales siempre han existido voluntades que actúan para obtener lo que les parece conveniente y benéfico. Esas voluntades se han encontrado y enfrentado en múltiples ocasiones, los textos de historia están llenos de relatos de muertos, asesinatos y batallas, así como de conflictos, alianzas, traiciones, divisiones, pactos, declaraciones, en fin, justicias e injusticias, acciones llevadas a cabo por sujetos en busca de un objeto. En este punto toca señalar algunas reflexiones sobre dos cursos de acción, aquél donde lo urbano es el referente básico, y aquél donde lo étnico ocupa el lugar central. Veamos.

Lo étnico interesa aquí porque es el referente de una historia de más de quinientos años de peculiares y únicos acontecimientos con efecto cultural y social, además de que en los últimos sesenta años ha estado en la mirada pública sin papel protagónico, y como objeto de descalificación y destrucción. Lo étnico parece estar más allá de lo que circula en el espacio público como análisis, comentario y definición. En cierto sentido es la mitad de lo mexicano, parte importante y no valorada, componente de esperanza y creación de un futuro mejor. Y por otra parte lo urbano es el centro de la vida del país, el escenario privilegiado de la acción social, el polo dominante, la bomba de tiempo, el necesario lugar del cambio o la catástrofe.

Los movimientos sociales urbanos han compuesto la vida mayoritaria del país en las últimas tres décadas, una fracción de ellos ha organizado a México a través de las ciudades de manera definitiva. No hay duda que los movimientos sociales urbanos son centrales para comprender la historia contemporánea y el futuro. Lo que no está tan

claro es la cultura que los ha promovido, y la cultura que han conformado. Esta cuestión aún no queda a la luz, constituye una caja negra de la vida actual. Buena parte de esta energía ha sido gastada por sectores populares, sus formaciones culturales son aún un referente de especulación. Es clave para hoy y mañana que estas obscuridades se borren con conocimiento y comprensión. La tarea es difícil.

La relación entre lo étnico y lo urbano en los movimientos sociales es menos clara que lo anterior. Se habla de migración, se afirma que existe desindianización por el contacto con lo urbano, y también se han sorprendido las autoridades de la ciudad de México de la emergencia de organizaciones populares con una presencia clara de identidad étnica. Todo es confusión, ignorancia, precipitación, intolerancia, discriminación, paternalismo, populismo, incompreensión. No se sabe por qué está pasando lo que pasa, se desconoce la magnitud del fenómeno, tampoco se tiene una idea clara de su fuerza.

Desde los años setentas se ha venido manifestando algo calificado como una nueva actitud de los grupos étnicos ante la sociedad nacional, el aumento de organizaciones y movilizaciones es una relativa constante, el cambio en el tono y sentido de su discurso aparece como algo inesperado y de importancia. Todo esto había venido sucediendo en el ámbito rural, en el espacio de la presencia comunitaria, pero la novedad es su manifestación en las ciudades, en la ciudad de México en particular. La situación general tiene un marco de explicación en el fortalecimiento del vínculo intercomunitario, vínculo que es expresión de la unidad cultural frente a la sociedad mestiza. Sobre esto hay elementos por estudiar y comprender. Pero lo que sucede en las ciudades es más difícil de entender. Lo étnico ha vivido enmascarado y desintegrado en las ciudades. En apariencia la sociedad mestiza es mayoritaria en las ciudades, lo indígena no es urbano. Pero algo ha pasado.

Parece que lo étnico con referentes comunitarios de organización no desaparece en la ciudad, se modifica, se adapta. Parece que la presencia étnica en las ciudades es mayor de lo que se pensaba. Parece que la desindianización no es el único proceso que se presenta en el contacto del actor étnico y la ciudad, existen procesos de resistencia y de acciones reivindicativas. Parece que el orgullo étnico no es cosa del pasado. De todo esto lo que no sólo parece sino que es una dura realidad es que algo sucede y la sociedad mestiza empieza a enterarse.

Los movimientos étnicos urbanos son una realidad y este hecho trae implicaciones y consecuencias, de las cuales poca certidumbre podemos tener. Una cosa es definitiva, este fenómeno trae a la luz pública la reflexión sobre lo que somos, no sobre lo que imaginamos ser, o lo que deseamos aparentar, sino lo que estando al lado de la última moda de la cultura industrial viene de quinientos años atrás. La situación no es sencilla, se requiere saber lo que está sucediendo, y lo que ha sucedido. Se requiere una nueva configuración pública y colectiva de lo que somos, más apegada a lo real y entrañable, con las contradicciones que esto conlleva, pero también con las posibilidades que trae consigo.

3) *Cultura y movimientos étnicos en la sociedad contemporánea*
¿Qué implicaría un movimiento étnico en donde la mayoría no fueran actores étnicos indígenas? Quizá entonces estaríamos ante un movimiento social donde el sujeto está conformado por un referente cultural étnico importante y central, siendo mestizo miembro de la sociedad nacional etnocida tradicional. El sujeto de los cursos de movimiento puede transformarse, la cultura de sujetos distantes en apariencia puede conformarse como la propia cultura en un momento dado. En fin, la historia ha enseñado muchas veces que lo inesperado e imposible para sus actores y espectadores contemporáneos era completamente lógico y consistente.

El movimiento étnico en México se juega en dos flancos, en el frente formado por los actores étnicos indígenas como miembros de comunidades y organizaciones sociales peculiares, y el frente formado por los actores étnicos miembros de la sociedad mestiza con el efecto de quinientos años de ceguera curada. El futuro étnico se juega en esos dos frentes, el futuro étnico es de repercusión nacional.

Para llegar a esa composición el movimiento étnico tendrá que pasar antes por una serie de etapas, además de pasar por pruebas que lo pueden llevar a otros horizontes posibles, algunos inimaginables, otros de destrucción y disolución, otros de composición regional desigual. En fin, el futuro está en marcha. Para acercarse a él hace falta conocer más lo que ha sucedido hasta ahora, esto incluye el pasado más remoto, los renombrados últimos quinientos años, y en detalle las últimas décadas. La propuesta tiempo-espacial es de nuevo necesaria y práctica. El marco de los movimientos sociales y las formaciones culturales en general y en particular es necesario para la ubicación del fenómeno étnico en forma integral completa.

Un primer parámetro puede ser la relación campo-ciudad. La sociedad mexicana fue una sociedad agraria desde su independencia. Aunque las ciudades tuvieron una preponderancia política a lo largo de los tiempos hasta la actualidad, en aquellos primeros momentos compartían créditos y poderes con los focos hacendarios y comunitarios. Como efecto de la guerra y la inseguridad las élites tendieron a concentrarse en las grandes ciudades. Vinieron cambios políticos y económicos y las ciudades siguieron adquiriendo importancia. Pero fue hasta el siglo veinte en que por un efecto combinado de capitalización del ámbito urbano y descapitalización del ámbito rural, más modificaciones en la ley y su efecto en la tenencia de la tierra, que la Revolución Urbana se empezó a gestar. Situación que se precipita en los años sesentas y hasta la fecha. En este marco el comportamiento de los actores étnicos comunitarios se va asimilando al de los campesinos en general, y como grupos étnicos van quedando aislados en zonas distantes de las áreas de gran producción. El caso de los yaquis y de los mayas son excepciones que requieren un análisis particular. La migración hacia las áreas de trabajo se convierte en una constante, incluida la situación de la migración al otro lado de la frontera.

No es posible entender a la Revolución urbana sin considerar la enorme cantidad de energía que se concentra en las ciudades. Antes de que el campesino vaya a la ciudad, la ciudad llega al campo como una opción competitiva real. Y antes de que la ciudad vaya al campo a urbanizar culturalmente la vida rural, es el campo el que provee de energía a la ciudad para su endiosamiento.

La lucha étnica armada o de enfrentamiento directo fue vencida en la conquista española, a partir de entonces han existido brotes insurreccionales, pero la tendencia ha sido hacia la renuncia y la huida defensivas. Los movimientos étnicos han sido estallidos de tensión, permanente migración, o sencillamente sobrevivencia sistemática. La ciudad ha aparecido en su horizonte como una alternativa a su situación material actual en forma semejante a otros migrantes. Los movimientos étnicos en relación con la ciudad empiezan con la llegada de la ciudad a sus comunidades, se siguen con la migración a la ciudad, y supuestamente terminaban con su incorporación a la ciudad como base trabajadora, como mano de obra, produciéndose una transformación radical del mundo comunitario al mundo de clases sociales urbanas. Parece que no es así del todo.

El movimiento étnico es diverso, el que toma asiento en la ciudad también es diverso, desde la reproducción de la vida comunitaria en plena marcha urbana hasta la incorporación al ejército industrial de reserva o la masa proletaria. La caracterización del movimiento tiene particularidades en su multiplicidad, ¿existe una referente cultural común? Parece que sí, el peso de ese referente es diferencial de movimiento a movimiento. También parece que hasta un punto de composición y organización de los movimientos étnicos urbanos el referente cultural comunitario está presente con fuerza. También sucede que la cultura emergente se hace presente y se combina con la cultura étnica. Parece que la individualización es lo que desmembra el referente étnico tanto cultural como de movimiento. En fin, el movimiento étnico tiene mucho aún que mostrar y enseñar a sus actores y espectadores.

El segundo frente tiene otro curso, los mestizos han vivido con el referente étnico durante toda su vida, unos más, otros menos. Este referente ha formado parte de los objetos culturales de poco valor. De cualquier forma tiene idea de lo que se trata y ha sido educado en la apología de la grandeza de las culturas étnicas precolombinas. El movimiento étnico del primer frente crece y su voz llega cada vez a más lugares. No es difícil pensar que el segundo frente se alimenta del primero al escucharlo y aprender los valores que sustenta como forma de vida y manera de entender a la sociedad y a la naturaleza. Esta comunicación tendrá un efecto fortificante sobre el primer frente. En un momento dado se formará un único frente con una composición diversa debajo, será entonces el momento en que la sociedad mestiza y la cultura nacional se vean impactadas en forma definitiva. Lo que sucederá entonces deberá ser para bien.

↳ Antes de este curso de acontecimientos de contacto, encuentro, comunicación, y acción conjunta, los movimientos de la cultura no étnica y los movimientos de la cultura étnica tienen mucho camino por andar. La cultura no étnica es distinta de la étnica, en algunos puntos irreconciliable. ¿Qué va a suceder con estas diferencias? La vida sigue, la historia también, de algo se puede estar seguros, el contacto existe y las posibilidades también. Quizá el asunto es cuestión de voluntades, de meditación, de creación, o sólo de conocimiento. El rostro que se ha querido borrar no desaparecerá mientras podamos mirar, el rostro que hemos querido buscar está ahí, en nuestra propia mirada.

Notas y referencias bibliográficas

- Aguilar Camín, Héctor et al (1976). *En torno a la cultura nacional*. INI, México.
- (1982). *Saldos de la Revolución; cultura y política de México 1910-1980*. Editorial Nueva Imagen, México.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo y Pozas Arciniega, Ricardo (1981). *La política indigenista en México. Métodos y resultados*. INI, México.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1987). *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizoamérica*. INI, México.
- Alberoni, Francesco (1986). *Enamoramiento y amor*. Editorial Gedisa, México.
- Alonso, Jorge (editor) (1980). *Lucha urbana y acumulación de capital*. Ediciones de la Casa Chata, México.
- Austin, J.L. (1971). *Palabras y acciones*. Editorial Paidós, Argentina.
- Barabas, Alicia M y Bartolomé, Miguel (coordinadores) (1979). “Las nacionalidades indígenas en México”, en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Año XXV, Nueva Epoca, julio-septiembre, no. 97, UNAM, México.
- (1989). *Utopías indias. Movimientos socioreligiosos en México*. Editorial Grijalbo, México.
- Bettin, Gianfranco (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Gustavo Gili, Barcelona.
- Bonfil Batalla, Guillermo (compilador) (1981). *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*. Editorial Nueva Imagen, México.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987). *México Profundo. Una civilización negada*. CIESAS-SEP, México.
- Bourdieu, Pierre (1982). *A economía das trocas simbolicas*. Editorial perspectiva, Sao Paulo.
- Buckley, Walter (1977). *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Cardoso, Ciro (coordinador) (1984). *México en el siglo XIX*. Editorial Nueva Imagen, México.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (1972). *Urbanismo y tribalismo*. Instituto Indigenista Interamericano, México.

- Caso, Alfonso et al (1981). *La política indigenista en México. Método y resultados*. INI, México.
- García Mora, Carlos y Villalobos Salgado, Martín (coordinadores) (1988). *La Antropología en México*. Panorama histórico, tomo 4. Las cuestiones medulares (Etnología y Antropología social). INAH, México.
- Cornelius, Wayne A. (1980). *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Cosío Villegas, Daniel (coordinador) (1976). *Historia general de México*. El Colegio de México, México.
- Chatelet, Francois (director) (1980). *Historia de las ideologías* (tres tomos). Editorial Premiá, México.
- Confucio (1982). *El centro invariable*. Editorial YUG, México.
- Damatta, Roberto (1985). *A case e a rua*. Editorial brasiliense, Sao Paulo.
- De Certeau, Michel (1985). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana, México.
- Deshimaru, Taisen (1985). *Preguntas a un maestro ZEN*. Editorial Kairós, Barcelona.
- Deutsch, Karl W. (1971). *Los nervios del gobierno, Psicología social y Sociología*. Paidós, Argentina.
- Eco, Umberto (1978). *Tratado de semiótica general*. Nueva Imagen/Lumen, México.
- Ferrater, José (1984). *Diccionario de filosofía*. Alianza Editorial, Madrid.
- Fossaert, Robert (1979). *A sociedade, I. Una teoria general*. Zahar Editores, Rio de Janeiro.
- Galindo, Luis Jesús.
- (1984) *Análisis del discurso del estado mexicano*. CIESAS, México.
 - (1987) *Movimiento social y cultura política*. Universidad de Colima.
 - (1987) *Organización social y comunicación*. Premiá editora, México.
 - (1986) *La antropología urbana y la computadora*. IIMAS-UNAM, México.
- González Casanova, Pablo y Florescano, Enrique (editores) (1979). *México hoy*. Siglo XXI editores, México.
- González, Jorge (1980). *Cultura(s)*. Universidad de Colima-UAM, México.
- Hannerz, Ulf (1986). *Exploración de la ciudad*. Fondo de Cultura Económica, México.

- Heller, Agnes (1972). *Historia y vida cotidiana*. Ediciones Grijalbo, Barcelona.
- Hewitt de Alcantara, Cynthia (1988). *Imágenes del campo: La interpretación antropológica del México Rural*. El Colegio de México, México.
- Kahn, J.S. (compilador) (1975). *El concepto de cultura*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Kesselman, Ricardo (1973). *Las estrategias de desarrollo como ideologías*. Siglo XXI, México-Argentina.
- Kaplan, David y Manners, Robert A. (1979) *Introducción crítica a la teoría antropológica*. Editorial Nueva Imagen, México.
- Lafaye, J. (1983). *Quetzalcóatl y Guadalupe*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Lira, Andrés (1983). *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*. El Colegio de México-El Colegio de Michoacán, México.
- Laplantine, Francois (1977). *Las voces de la imaginación colectiva*. Editorial Granica, Barcelona.
- Lewis, Oscar (1982). *Antropología de la pobreza*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Lefebvre, Henri (1983). *La revolución urbana*. Alianza editorial, Madrid.
- Lenk, Kurt (1974). *El concepto de ideología*. Amorrortu editores, Argentina.
- Malinowski, Bronislaw (1975). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Ediciones Península, Barcelona.
- Mauss, Marcel (1974). *Introducción a la Etnografía*. Ediciones Istmo, Madrid.
- Mckinney, John C. (1968) *Tipología constructiva y teoría social*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Mead, George Herbert (1966). *Espíritu, persona y sociedad*. Editorial Paidós, Argentina.
- Morris, Charles (1962). *Signos, lenguaje y conducta*. Editorial Losada, Argentina.
- Paz, Octavio (1983). *El ogro filantrópico*, Seix Barral, España.
- Peirce, Charles S. (1987) *Obra lógico semiótica*. Taurus, Madrid.
- Roberts, Bryan (1980). *Ciudades de campesinos*. Siglo XXI editores, México.

- Romero, José Luis (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI, editores, México.
- Samuel, Raphael (ed) (1984). *Historia popular y teoría socialista*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Semo, Enrique (coordinador) (1982). *México, un pueblo en la historia*. UAP-editorial Nueva Imagen, México.
- Schwartz, Howard y Jacobs, Jerry (1984). *Sociología cualitativa*. Editorial Trillas, México.
- Unikel, Luis (1976). *El desarrollo urbano de México*. El colegio de México, México.
- Vilar, Pierre (1981). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Warman, Arturo (1980). *De eso que llaman Antropología mexicana*. ENAH, México.
- Watts, Alan (1979). *El camino del Tao*. Editorial Kairós, Barcelona.
- Wolf, Mauro (1982). *Sociología de la vida cotidiana*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Zeitlin, Irving (1979). *Ideología y teoría sociológica*. Amorrortu editores, Argentina.